



La Santa Sede

SANTA MISA EN CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Cementerio de Prima Porta, Roma

Miércoles 2 de noviembre de 2016

[Multimedia]

Job estaba en la oscuridad. Estaba precisamente en la puerta de la muerte. Y en ese momento de angustia, de dolor y de sufrimiento, Job proclama la esperanza. «Yo sé que mi redentor está vivo y que, y que él, el último, se levantará sobre el polvo... Yo, sí, yo mismo lo veré, mis ojos le mirarán, no ningún otro» (*Jb* 19, 25.27). La Conmemoración de los difuntos tiene este doble sentido. Un sentido de tristeza: un cementerio es triste, nos recuerda a nuestros seres queridos que se han marchado, nos recuerda también el futuro, la muerte; pero en esta tristeza, nosotros llevamos flores, como un signo de esperanza. Puedo decir, también, de fiesta, pero más adelante, no ahora. Y la tristeza se mezcla con la esperanza. Y esto es lo que todos nosotros sentimos hoy, en esta celebración la memoria de nuestros seres queridos, ante sus restos, y la esperanza.

Pero sentimos también que esta esperanza nos ayuda, porque también nosotros tenemos que recorrer este camino. Todos nosotros recorreremos este camino. Antes o después, pero todos. Con dolor, más o menos dolor, pero todos. Pero con la flor de la esperanza, con ese hilo fuerte que está anclado en el más allá. Es esta, esta ancla no decepciona: la esperanza de la resurrección.

Y quien recorrió en primer lugar este camino es Jesús. Nosotros recorreremos el camino que hizo Él. Y quien nos abrió la puerta es Él mismo, es Jesús: con su Cruz nos abrió la puerta de la esperanza, nos abrió la puerta para entrar donde contemplaremos a Dios. «Yo sé que mi Redentor está vivo, y que él, el último, se levantará sobre el polvo... Yo, sí, yo mismo lo veré, mis

ojos lo mirarán, no ningún otro».

Volvemos hoy a casa con esta doble memoria: la memoria del pasado, de nuestros seres queridos que se han marchado; y la memoria del futuro, del camino que nosotros recorreremos. Con la certeza, la seguridad; con esa certeza que salió de los labios de Jesús: «Yo le resucitaré el último día» (*Jn* 6, 40).